

Isidro y la aproximó á su boca, hablándole al oído, largamente, con mimo infantil.

Cuando Maltrana se incorporó, ya no le brillaban los ojos. Se había disipado el gesto risueño de su embriaguez: había perdido las ganas de dar vivas á la juventud y al arte.

La paternidad acababa de arrojar su fardo de inquietudes, de graves afectos y penosos deberes, en medio del camino de su amor.

¡Un hijo!... Adiós, juventud. Maltrana creyó que caía de golpe sobre sus hombros la capa de plomo de los años; vió más negra, más triste, la miseria en que vivía.

Fué un sentimiento indefinible, en el que se mezclaban la satisfacción y el miedo. Su personalidad iba á desdoblarse, prolongándose en el curso de la vida. Esto le elevaba como hombre. Pero creyó sentir en torno algo que se despegaba de él. La juventud alegre, sin responsabilidades ni obligaciones, se perdía para siempre. A lo lejos, la Ilusión, en fuga, batía sus alas de diamante.

## VIII

Sufrió Maltrana un gran cambio en su vida. El dinero iba desapareciendo, sin que los tardos é irregulares ingresos, bastasen para sostener la casa.

Feli le pareció menos agradable. Trataba á Isidro con el cariño de siempre, le cuidaba y mimaba con aquella adoración que hacía de ella una devota, más que una amante; pero tenía crisis de inexplicable tristeza, que parecían contagiarle á él.

Muchas veces, al volver Isidro á su casa, la sorprendía de bruces en la cama, llorando silenciosamente.

—¡Pero, qué tienes!—gritaba con tono colérico.  
—¡Qué te pasa!...

Nada: lloraba sin saber el motivo. La maternidad trastornaba su débil organismo. La invadía una intensa tristeza, atormentando su imaginación. Pensaba en el sér misterioso que llevaba en sus entrañas, en cuál sería su fortuna al surgir al mundo, en la miseria que rondaba en torno de ellos, amenazándoles con toda clase de privaciones.

Isidro sorprendía algunas veces en su mirada una curiosidad molesta, como si le contemplase

por primera vez, como si le examinara á una nueva luz, viéndole totalmente cambiado. Feli comenzaba á dudar de él: su fe sufría ligeros desmoronamientos. Como si la maternidad aguzase su razón, la muchacha preguntábase si Isidro era tan grande como ella le había creído, si no faltaba algo esencial en aquel hombre sin voluntad para el trabajo, indeciso é inquieto, que en plena amenaza de miseria, pasaba gran parte del día olvidado de su situación, charlando en el Ateneo y en los cafés del porvenir de la juventud, de la decadencia de los *viejos*, de lo que debía ser el arte; anunciando á voces que pensaba escribir grandes cosas, pero sin fuerzas para coger la pluma, sin constancia para la labor.

Todo esto que pensaba Feli vagamente, lo traslucía Isidro en sus miradas. El, por su parte, viéndose analizado y con menos admiración, sentía ligeros descensos en su amor, confesándose que había en éste más de agradecimiento que de pasión irresistible.

Amaba á Feli con un nuevo afecto, plácido y tranquilo.

Del amante apasionado que se arrodillaba ante ella con la embriaguez de la carne, llamándola Venus, quedaba muy poco. ¡Pobre Venus! La diosa deformábase con la maternidad. Una hinchazón monstruosa rompía las líneas armónicas y dilataba las curvas admirables. Aquellas botas de color de limón, que eran el orgullo de Feli, ya no entraban en sus pies. La muchacha sentía el trastorno de sus entrañas en forma de náuseas, vahidos y crisis de nervios, y Maltrana, con su egoísmo de hombre superior, abandonaba la casa, en busca del placentero trato de los amigos.

El estado anormal de Feli coincidió con un

suceso, que hizo temer á Isidro por la vida de la muchacha.

Una mañana se presentó el señor Manolo, el *Federal*. Feli, que no le había visto desde su fuga de la casa paterna, acogióle con grandes muestras de cariño. ¿Y el padre?... Pero el señor Manolo apenas contestó. Necesitaba decir á Isidro algo muy interesante; le invitaba á bajar á la calle, para expresarse con mayor libertad.

Maltrana bajó tras él, adivinando algo grave en el gesto hosco del capataz.

—¿Tú no habrás leído los papeles de hoy?—le preguntó al detenerse en la acera.—Pues, bien; el *Mosco* ha muerto: mejor dicho, le han matado. Los esbirros han conseguido lo que deseaban.

Y relató la muerte trágica de su hermano. Los diarios dedicaban al suceso unas cuantas líneas. Aquel homicidio en tierras reales no inspiraba interés. El *Mosco* y su acólito, el *Chispas*, habían caído en una emboscada de los guardas. El maestro había muerto acribillado de plomo; su discípulo y acompañante estaba en el hospital, con dos balazos en un hombro. Unos periódicos, al hablar del suceso, afirmaban que las víctimas eran dañadores peligrosos que habían hecho frente á los guardas; los diarios de oposición decían que eran pobres hambrientos, que entraban en la posesión real sin otro propósito que el de coger cardillos.

—La cosa fué anteanoche—continuó el capataz.—Yo lo supe ayer por la tarde: vinieron á decírmelo de las Carolinas... No he querido ir á verle. ¿Para qué? ¿Voy acaso á resucitarlo?... Ya estará enterrado; los que le vieron dicen que estaba hecho una lástima. Un balazo en la frente, otro en la boca: plomo por todas partes. Apenas

si los amigos pudieron reconocerle; tan desfigurado estaba. ¡Cristo! ¿Así se mata á los hombres? Se habian juntado no sé cuántos; sabían por dónde iba á pasar, y, bien tranquilos, ocultos tras la maleza, le hicieron una descarga, sin que el pobre pudiese llevar la mano á su escopeta... ¡Ya estarán contentos! ¡Ya no pensarán más en el *Mosco*, que era su preocupación!... El pobre *Chispas*, cuando sane, si es que sana, irá á presidio... Da rabia, Isidro, pensar que hombres tan hombres mueran como perros, por querer vivir de lo superfluo, de lo que otros no necesitan; que los cacen como fieras, sin haber hecho otro delito que cobrar algunos conejos... Puñales, ¡y después aún se extrañan de que pidamos la revolución!...

La muerte del *Mosco* impresionó mucho á Maltrana. Pensó con remordimiento que tal vez tenía él cierta intervención en esta catástrofe. El dañador, empujado por la cólera, se había entregado á sus expediciones arriesgadas, como si retase á la muerte. Después pensó Isidro en su compañera, nerviosa y quebrantada por su estado físico; en lo peligroso que sería darle la noticia sin que una nueva crisis pusiera en peligro su salud.

Cuando subió, le esperaba Feli con la mirada interrogante y la cara triste, como si el instinto femenino le avisase la desgracia. Sólo por un asunto importante podía haberse resuelto su tío á visitarles. ¿Era cosa de padre, verdad? ¿Se había decidido, por fin, á buscarlos? ¿Iba á presentarse de un momento á otro?...

Los rodeos que empleó Isidro para contestar, aguzaron su instinto. En un momento columbró la verdad.

—No digas más, Isidro—murmuró.—No te es-

fuerces: no me tengas miedo. Yo soy fuerte. ¿Es que lo han matado en el bosque?...

Acogió con serenidad la fúnebre noticia. Maltrana admiró su firmeza: era digna hija del *Mosco*. Aquella mujercita débil, que muchas veces lloraba sin motivo, permaneció inmóvil, con los ojos secos, al conocer la desgracia.

Hacía tiempo que presentía este final. Muchas noches había visto en sueños á su padre, cubierto de sangre, pereciendo bajo las escopetas de los guardas, que le daban el tiro de gracia. Se había familiarizado con la posibilidad de este suceso durante los años de su vida en las Carolinas al lado del dañador.

Apenas si lloró. Permaneció anonadada, embrutecida, por la sorpresa. Maltrana, al volver á casa por la noche, vió sus ojos enrojecidos, como si al encontrarse sola, sintiese con más intensidad la desgracia, entregándose largas horas al llanto.

Una pregunta parecía vagar por sus labios, atormentándola con cruel inquietud.

—¿Tú crees, Isidro—dijo al fin,—que no tenemos ninguna culpa en la muerte de padre?

La misma pregunta elevaba sus interrogantes en el ánimo de Maltrana, pero éste se apresuró á tranquilizar á su compañera. No: ninguna responsabilidad les correspondía á ellos. El *Mosco* había muerto por temerario. Era el final lógico de una vida de aventuras, de aquel modo audaz de ganarse la existencia con riesgo de la piel. ¿No le había visto llegar muchas veces á la casucha chorreando sangre de tremendas heridas?...

Pareció tranquilizarse Feli, sin que por esto dejase de llorar cuando se veía sola. El señor Manolo se presentó varias veces en la casa para dar cuenta á los dos jóvenes de la exigua herencia del

Mosco. Iba vendiendo á las gentes de Tetuán los famosos perros del dañador, sus enseres de caza, todo lo que contenía la casucha de las Carolinas. Llegó á reunir, así, unos sesenta duros, que entregó á Feli, guardándolos ésta sin decir nada á Isidro. Bien necesitaban el dinero. Había llegado el calor, y sus trajes de invierno, aunque raídos, les abrumaban con peso sofocante. Vistiéronse los dos de negro en los establecimientos baratos de la calle de Toledo.

Feli, en este segundo equipo, ya no se permitió capricho alguno. ¿Para qué adornarse? El embarazo desfiguraba su cuerpo débil y delicado. Pasaba semanas enteras sin salir de su habitación, sin asomarse á la ventana. Le faltaban fuerzas para vestirse. Con un arranque de su voluntad llegaba á la cocina, y, tosiendo y estremeciéndose por contener las náuseas, preparaba la comida.

Ella, que cuidaba antes con gran escrupulosidad las ropas de Isidro, mostrando empeño en que se distinguiese de los compañeros por su limpieza, abandonábalo ahora sin lanzar una mirada á sus cuellos grasientos, á sus pantalones moteados por el barro de lejanas lluvias.

Su deseo era verse sola, que Isidro se alejase; y, sentada en el viejo silloncito que su amante ocupaba al escribir, permanecía inmóvil horas enteras, contemplando con fijeza hipnótica su vientre desmesurado, monstruoso, que subía y subía tirando de las faldas, dejando al descubierto sus hinchados pies.

Algunas noches, en el silencio del dormitorio, mostraba á Maltrana aquel globo de tirante piel, agitado en su interior por misteriosos estremecimientos. Era el miedo, la inquietud de la primeriza ante lo extraordinario del fenómeno.

—¿Llevaré dos?—preguntaba con voz trémula.  
—¿Tú, que sabes tanto, no reconoces que esto es demasiado?...

Pero Isidro contestaba con mal humor. Su embarazo era lo mismo que los otros. Debía dejarle en paz. Tenía asuntos más graves en que pensar: estaba desesperado por las injusticias de que era objeto. Nadie hacía caso de la juventud; no la abrían camino...

Y después de estas lamentaciones, dormíase, mientras Feli, en la obscuridad, se pasaba las manos interrogantes por aquella montaña, motivo al mismo tiempo de alegría é inquietud.

En las primeras horas de la noche, cuando Feli estaba sola, el señor Vicente entraba un instante en la habitación de sus huéspedes. Como la joven tenía que darle algunos recados, el devoto decidíase á pasar la puerta.

Durante sus ausencias, presentábanse algunos amigos preguntando por él. Eran éstos, un cura viejo de hábitos raídos y verdinegros, tan loco y pobre como el señor Vicente, varios hermanos de cofradía, y aquel tremendo zapatero cuya conversión le había costado los mejores años de su vida. Todos ellos, personas devotas y buenas, que merecían los mayores elogios del santo.

Escuchaba éste con movimientos de cabeza las explicaciones de la joven. Fulano había dicho que no dejase de ir al día siguiente á la iglesia de Santa Cruz, pues eran los funerales de un señor de las Conferencias Católicas. El cura viejo había dejado en su cuarto dos paquetes de hojitas para que las repartiese. El zapatero, con su cara fosca, se había presentado dos veces, buscándole con gran prisa. Necesitaria dinero: la tal conversión le costaba muy cara.

El señor Vicente la oía sonriendo y después se fijaba en su persona.

—Y usted, ¿cómo está? ¿Cómo marcha ese embarazo?...

Desde que la veía en tal estado, hablábala con mayor confianza. Desfigurada por la hinchazón, pesada y doliente, no pudiendo moverse sin suspiros de pena, ya no le infundía aquel miedo que toda hembra le hacía sentir. La maternidad dolorosa santificaba á la mujer, le permitía acercarse á ella sin miedo y sin repugnancia, tratándola con una llaneza paternal.

—Debe usted sufrir mucho. Algunas noches la oigo revolverse en la cama... Tenga usted paciencia: es el castigo que nos impuso Dios por la rebeldía de la primera mujer. Todos hemos de sobrellevar la culpa.

Feli le consultaba con inocente confianza, como si estuviese en presencia de una comadre del barrio. El señor Vicente no era un hombre; la locura religiosa le excluía del sexo. Se lamentaba al hablar con él de la inquietante hinchazón de su vientre. Le comunicaba su terror. ¿Era aquello natural?... ¿qué opinaba el buen hermano?

Y el púdico señor Vicente se fijaba en el abultado abdomen, sin escrúpulo alguno, como si la maternidad fuese una función falta de origen, en la que para nada intervenía el amor.

Sospechaba, en sus piadosas fantasías, si este embarazo ocultaría algo sobrenatural, un prodigio de la voluntad divina.

Hacia preguntas á Feli, que ésta contestaba con extrañeza. ¿No le decía nada el sér que llevaba en las entrañas? ¿No le había hablado alguna vez ó demostrado su voluntad con extraños ruidos?...

—Hace usted mal—continuaba—si cree que

digo esto á tontas y á locas. Yo, aunque lego, he leído algo. Ahí dentro tengo una vida de San Vicente Ferrer, mi ilustre patrón, al que con motivo llama su panegirista «el San Pablo español». No se imagine que es un librito de los de ahora, sino un volumen con tapas de pergamino, impreso hace siglos, y su autor es el Reverendo Padre Valdecebro, varón de gran fama por las obras que escribió sobre la vida de los animales... Pues el padre Valdecebro cuenta que la madre del santo, cuando estaba en su embarazo, sentía grandes inquietudes y miedos por lo desmesurado de su vientre y los ruidos que hacía la criatura. Algunas noches creyó oír ladridos en sus entrañas, y llena de miedo, fué á consultar el caso con el Arzobispo de Valencia, que era santo y prudente. «No temas, mujer—dijo el prelado;—si tu hijo ladra dentro de tu vientre, es porque Dios quiere que sea el gran mastín de la Iglesia, que reñirá con los lobos de la herejía.» Así lo cuenta el Padre Valdecebro, que era un varón docto, incapaz de mentir. La bondad de Dios, no se agota nunca. ¡Quién sabe si querrá repetir en usted sus prodigios, haciendo que salga de ese vientre otro mastín, para la defensa de su rebaño!...

Feli compadecía la simpleza del devoto, ofendiéndose al mismo tiempo por la misión animal que atribuía al hijo de sus entrañas.

—Pues, este, señor Vicente—decía señalándose el abdomen—este, por ahora, no imita á su santo patrón: aún no ladra.

—Tenga usted fe en la bondad del Señor—continuaba el hermano.—Todo llegará; y así que se presente el mal paso, le traeré ciertas reliquias milagrosas de un amigo mío, y una cinta de la Virgen que obra prodigios.

Había comenzado el verano. Isidro juraba de desesperación, viendo que todas las personas que podían ayudarle, se ausentaban de Madrid. No encontraba trabajo: los editores paralizaban sus negocios; ningún traductor necesitaba ayuda; los semanarios ilustrados llenaban sus páginas con grabados representando el veraneo de los reyes y de la aristocracia en las playas del Norte, sin dejar espacio para un mal artículo.

Todos los malos olores de Madrid, dormidos durante el invierno, despertaban y revivían al llegar el calor. Las cuadras y vaquerías hedían con la fermentación del estiércol; las bocas de las alcantarillas humeaban la podredumbre de sus entrañas; hasta los caballos de los coches de punto, en sus largas esperas, levantaban la cola, impregnando el ambiente con el tufo de la cebada recocida y la paja putrefacta.

La calle era más ruidosa que en el resto del año. Parecían nacer niños de entre los guijarros del pavimento; bulliciosas bandas ocupaban las aceras, entregándose á sus juegos con la libertad de un villorrio. Los balcones, abiertos por el calor, daban paso franco al estrépito del carruaje que rueda, del vendedor que chilla, del afilador que aguza los dientes con sus chirridos, del piano ambulante é infatigable, que desarrolla la general jaqueca con las vueltas de su manubrio. La calle, como dilatada por el calor, introduciase por todos los huecos, haciendo llegar sus hedores y ruidos á los extremos más recónditos de las casas.

Las habitaciones que ocupaban los dos jóvenes, ardían de la mañana á la noche, bajo la llama del sol. Descendía del techo un calor asfixiante, como si sobre él ardiese un horno. Feli, des-

pechugada, sudorosa, respirando con dificultad, arrastraba los pies, yendo de un lado á otro, abrumada por este calor que era un nuevo tormento. Crujían durante la noche, con chasquidos alarmantes, las maderas de los muebles, las tablas ocupadas por los libros del devoto, sobre cuyos lomos polvorientos movíanse las polillas. Las paredes, caldeadas, arrojaban de su seno los parásitos del verano. Las chinches caían del techo, las pulgas saltaban sobre los baldosines. El señor Vicente no podía remover sus pilas de volúmenes, sin que saliesen á la desbandada las cucarachas en repugnante correteo.

Feli sentía aumentar sus náuseas y su inapetencia con este asqueroso renacimiento que la rodeaba.

Apenas comía. La escasez de dinero, las preocupaciones de la miseria, aumentaban su debilidad. Maltrana la veía ajarse, perder la viveza de su juventud, como si la consumiese aquel sér oculto que devoraba lo mejor de su vida.

También el joven experimentaba grandes crisis de desaliento. Volvía á casa con el gesto triste, se dejaba caer en la cama, diciendo que quería morir. No encontraba trabajo. Iba de un lado á otro visitando á los amigos, haciéndose visible en las redacciones de las revistas, sin conseguir una traducción ni que le admitiesen un artículo. La vida estaba paralizada: todos los que podían darle algo se hallaban ausentes.

Había buscado al marqués de Jiménez con la esperanza de inspirarle una nueva obra: pero el grave personaje también estaba ausente; veraneaba en una de sus fincas, y en ella se proponía permanecer hasta el invierno.

En estos instantes de abatimiento era cuando

Isidro se daba cuenta de lo misero de su situación. Sus brazos eran débiles, sus manos delicadas; ni siquiera poseía el vigor físico de un mozo de cordel, para ganarse la subsistencia.

Recordaba con amargura las declamaciones que muchas veces había leído sobre la miseria de los desheredados de la clase obrera. ¡Ay! Ellos, al menos, no perecían de hambre en medio de la calle. El hombre de fatiga siempre encontraba un mendrugo y una copa de vino para salir del paso. Pero, ¿y él? ¿qué iba a ser de él, envenenado por una instrucción que de nada le servía, falto de la fuerza brutal con que se ganaban el pan los desgraciados de blusa?...

En estos momentos de desesperación, pensaba en *El Bachiller*, de Julio Vallés, una de las obras que más le habían impresionado, por ver en ella la negra historia de su existencia. Acudía a su recuerdo la dedicatoria del libro, desolada, de inmensa tristeza: «A todos los que, nutridos de griego y de latín, están muertos de hambre.»

El pertenecía a esta legión de desgraciados cuyas quejas no encontraban eco, que imploraban el pan con el rubor y la timidez de su levita raída, que hacían reír con lo grotesco de su miseria, sin infundir miedo, como los obreros manuales.

Maltrana pensó por primera vez si el gran error de su vida era haberse dejado arrancar del campo de miseria donde nació; si aquella buena señora, su protectora, habría sido, sin saberlo ni quererlo, la mala hada de su destino; si estaba condenado a eterna hambre por soñar con la gloria y haber vestido las raídas ropas del bohemio, cuando su salud consistía en seguir dentro de la blusa de sus mayores.

Feli, a pesar de su debilidad, encontraba fuer-

zas para animarle. Se acababa el dinero y no tenían esperanzas de que llegase más. Pero ella le ayudaría: estaba habituada al trabajo.

Y la pobre muchacha, anémica por la falta de nutrición, abrumada por el peso de su vientre, tuvo un arranque de energía sobrehumana, de esos que únicamente puede realizar la nerviosidad femenil. Le era imposible volver a la fábrica de gorras: estaba muy lejos y además no la admitirían después del escándalo de su fuga. Pero conocía otros oficios menudos e insignificantes, de los que están al alcance de las muchachas pobres y las ayudan a engañar el hambre. Haría flores para los corsés, se dedicaría a emballarlos. Conservaba cierta amistad con la dueña de un taller, por haber trabajado para él cuando escaseaba la faena en la fábrica de gorras.

Isidro se opuso. ¡Trabajar ella, mientras él permanecía en forzosa inacción! ¡Trabajar, cuando estaba enferma y el desarreglo de su organismo la obligaba a largas horas de inmovilidad!... Adiós, idilio. Maltrana creyó que su dicha amorosa huiría para siempre, así que aquellas manos hermosas, se viesan sometidas a la esclavitud del jornal. El engranaje de la miseria agarraba a sus víctimas, para no soltarlas jamás. Si ella trabajaba, viviría siempre condenada al trabajo: jamás tornarían a su nido la alegría y la abundancia. Antes morir los dos de miseria, que ver a la adorada, a la dulce Feli, degradándose de nuevo con las fatigas de la obrera. Ella era una señorita; la mujer de un escritor.

La muchacha acogió estas protestas encogiendo los hombros. El buen sentido femenil le hizo despreciar tales preocupaciones, y una noche, al regresar Maltrana a su casa, vió la habitación lle-